

## Crisis del lenguaje y lenguaje de la iglesia

(Comunicación presentada a la XII reunión —27 septiembre 1957— de las Conversaciones Católicas internacionales de San Sebastián)

1) LA CONFUSION PRODUCIDA POR EL LENGUAJE Y SUS EFECTOS POLITICO-SOCIALES.—Las actuales corrientes neopositivistas (círculo de Viena) y los pensadores que han sugerido estas direcciones ((Wigmore, Wittgenstein, etc.), han subrayado la función del lenguaje en el conocimiento filosófico. Aunque no se participe de todos los postulados mantenidos por el neopositivismo, es indudable que estas direcciones y estos autores han contribuido con certeras apreciaciones y sugerencias a la tarea de esclarecer el profundo significado que el lenguaje tiene para la convivencia social. La aportación neopositivista ha suministrado a la sociología del lenguaje (sociolingüística) un conjunto de datos y observaciones que han de considerarse atentamente. Las revistas especializadas, como la italiana *Methodos*, contienen interesantes trabajos sobre estos problemas. Actualmente es importante para la mejor comprensión de los movimientos políticos estudiar el lenguaje por ellos empleado. Así, por ejemplo, el uso de ciertos adjetivos, el sentido peculiar que dan a algunas palabras, la repetición incesante de determinados vocablos. Para considerar apropiadamente la función y eficacia de la propaganda política es menester considerar los recursos lingüísticos típicos de este modo de control social (*slogans* y tópicos).

Entre los efectos característicos que ha producido la utilización de los diferentes lenguajes políticos sobresale, por su gravedad, la confusión producida. Téngase en cuenta que en las comunidades políticas, nacionales e internacional, existe una dialéctica ininterrumpida entre varios lenguajes políticos (comunista, socialista de diversos matices, democristiano, liberal, autoritario). Aunque cada una de estas direcciones políticas posee un núcleo originario y peculiar de vocablos políticos, el creciente desarrollo social ha producido el uso común de muchas palabras, si bien cada movimiento les da un sentido completamente diferente. Se ahorrarian muchas polémicas sobre el concepto de “democracia” y de “libertad”, pala-

bras aceptadas y utilizadas por todos esos movimientos, si se fijase con exactitud el sentido propio que tienen dichas palabras dentro de la ideología y finalidades concretas de tales partidos. Claro está que esto sería una tarea exclusivamente científica, porque políticamente el uso y abuso de los términos políticos es uno de los recursos elegidos por los partidos para suggestionar a las masas. Así, por ejemplo, la palabra "fascista" tiene un significado estricto, dentro de la ideología mantenida por el fascismo italiano, y en este sentido fué por él empleada; pero cuando la utilizan los comunistas, comprende no sólo a los contenidos estrictamente fascistas, sino además a todos los movimientos no comunistas o anticomunistas, como son liberalismo, socialismo democrático, democracia cristiana, ideologías autoritarias, régimen político norteamericano. En cambio, cuando la propaganda soviética emplea la palabra "democracia", se refiere exclusivamente al régimen político y estructura social de la U. R. S. S. y de las democracias populares. Este característico juego de "suma y resta", según los casos, corresponde al método que usa el lenguaje no sólo como instrumento de propaganda, sino como arma de combate, de forma que los vocablos adquieren matices bélicos en la medida que hostilizan directa o indirectamente.

La impresión de confusión babélica que produce la observación de los lenguajes políticos, por la diversidad de las palabras usadas y por la falta de coincidencia objetiva en los mismos términos adoptados, es un reflejo de la multiplicidad de ideologías políticas existentes, pero aun dentro de una misma ideología, se dan frecuentemente casos del uso de una misma palabra con significados distintos y contrapuestos, según los casos. Los novelistas anticipadores, como Koestler y Orwell, han subrayado brillantemente estos aspectos. El fenómeno del *double talking* y del *double thinking* implica la consideración táctica del lenguaje marxista, lo cual, aunque parezca fácilmente objetable, en realidad no lo es, porque, según la ideología marxista, el lenguaje, aunque depende de una estructura económico-social determinada, sin embargo es capaz de orientarla y rectificarla, como parece desprenderse de la crítica hecha por Stalin al escrito del autor soviético Marr, sobre marxismo y lingüística. Si el lenguaje, según esto, es reflejo mecánico de la estructura social, el contenido objetivo por él significado no puede variarse; pero si no se da esa conexión mecánica—como sostiene Stalin—, entonces caben variaciones significativas en el uso, según los casos, de una misma palabra.

No es menester insistir sobre las consecuencias, realmente graves, que pueden deducirse de este nuevo averroísmo social implicado en las tácticas *double talking* y *double thinking*. Afecta a los fundamentos éticos del orden social por un lado, pero, además, revela la enorme capacidad subvertidora que contienen estas prácticas.

La Iglesia Católica es depositaria de un conjunto de verdades en las cuales hay que creer para salvarse, y estas creencias se han expresado en un lenguaje que, naturalmente, no puede experimentar cambios, dada su

estrecha vinculación a los objetos que constituyen dichas creencias. Sin embargo, la Iglesia Católica se sirve, a través de sus jerarquías, de sus sacerdotes y de los mismos fieles, de un léxico que se acomoda a las condiciones espacio-temporales. Existe, pues, un lenguaje eclesiástico, cuyo conocimiento y estudio es condición previa para perfeccionarlo.

Conviene subrayar la doble función del lenguaje eclesiástico: el núcleo invariable tutela la transmisión, a las sucesivas generaciones, del depósito revelado, del conjunto de postulados intangibles; la parte variable sirve para actualizar el conjunto de creencias en las circunstancias espacio-temporales. Ahora bien, el problema estriba en el modo de actualización realizado por el léxico eclesiástico secundario. ¿En qué medida puede comprometer el léxico eclesiástico secundario al núcleo intangible?

En tanto que las palabras vinculadas estrechamente a los contenidos religiosos inalterables se caracterizan por configurar un cuerpo doctrinal: la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, representada por la Iglesia Católica, el léxico eclesiástico secundario no integra una doctrina, sino que forma un sistema encaminado a transmitir a la sociedad, del mejor modo posible, aquel núcleo doctrinal. Cabe, por lo tanto, el uso desacertado del léxico eclesiástico secundario, porque se trata de un sistema cuyas garantías de exactitud y valiosidad no descansan en la palabra divina inmediatamente, sino sólo muy secundariamente. Se fundamenta el sistema lingüístico eclesiástico en la prudencia, experiencia y preparación de quienes lo emplean. Ya se comprende que estas garantías no pueden ser completas dado su carácter humano. De todas formas es menester un conocimiento profundo de la religión católica, para no comprometer perjudicialmente, con el uso del lenguaje eclesiástico secundario, las bases mismas de la religión. Esta exigencia es muy importante, porque actualmente las transformaciones sociales realizadas requieren auténticos esfuerzos para comunicar la doctrina católica a estratos y grupos sociales que la ignoran o que se oponen a ella. En este sentido, el propagandista católico, además de conocer adecuadamente la doctrina, debe reunir las condiciones psicológicas y técnicas precisas para realizar su misión. Esta tarea se realiza del modo siguiente: 1) Mediante el dominio necesario del lenguaje eclesiástico secundario; 2) mediante la aplicación del lenguaje eclesiástico secundario, que precisamente requiere una situación concreta. El problema que se le plantea a todo propagandista católico es este: ¿Cómo utilizaré el lenguaje eclesiástico secundario, adecuado a la concreta situación, sin comprometer los postulados inmutables de la religión?

Ahora bien, el lenguaje eclesiástico secundario no es un sistema estático, sino fundamentalmente dinámico, ya que de lo contrario no se concebiría la aplicación, a las diversas circunstancias sociales, de los postulados doctrinales invariables. El propagandista católico utiliza el lenguaje eclesiástico secundario dinámicamente, no como un medio de control social, puesto que toda propaganda, sea o no religiosa, es un medio de control social. ¿Cómo se trasladan y aplican los contenidos invariables a la socie-

dad? ¿Cómo se obtiene la atracción y seguimiento? Son interrogantes que corresponden a una auténtica tarea de control social.

Existe, sin embargo, un caso importantísimo que no puede obtenerse sólo mediante el control social, implicado en el uso del lenguaje eclesiástico secundario: las conversiones. El lenguaje eclesiástico secundario puede reavivar la fe, remover las conciencias mediante la predicación, el ejemplo, la sugestión; puede acercar las almas a la religión. El lenguaje eclesiástico secundario consigue atraer a los tibios, a los descarriados y a los indecisos, pero, ¿es capaz de convertir? No. La conversión de los incrédulos o de los que profesan religión distinta, requiere una transformación tan completa y radical, que no puede ser conseguida mediante la palabra humana, sino por medio de la divina. No hay control social en la conversión, sino intervención divina.

En resumen: el uso del lenguaje eclesiástico secundario tiene muchas limitaciones, como veremos a continuación. Precisamente el hecho de que la doctrina católica descansa sobre un conjunto reducido de palabras que constituyen el Símbolo de la Fe, los misterios que han de creerse, impide su transformación en un "ismo", propio de una concreta situación histórica pasajera.

2) LA FUNCION DEL LENGUAJE EN LA CONSOLIDACION DE LOS "ISMOS".—Todo movimiento cultural (artístico, literario, filosófico, social) se apoya en una estructura social determinada, de suerte que la expresión plástica y lingüística del mismo está en función de dicha estructura y sin ella no se habría manifestado con las características propias que individualizan dicho movimiento. Ahora bien, el conjunto de representaciones plásticas y lingüísticas coopera con arreglo a su propia legalidad en la configuración del movimiento en cuestión. Por esta razón, una vez que el movimiento ha conseguido cierta duración, de modo que sea fácilmente reconocible, prodúcese lentamente el fenómeno de independización del conjunto de símbolos, representaciones plásticas y lingüísticas, de la estructura social que fundamenta. En la medida que este fenómeno se desarrolla, el movimiento o "ismo" aparece más radicado en su expresión lingüística que en los contenidos sociales mentados. Así, llega un momento en que el "ismo" se individualiza principalmente por medio de las representaciones plásticas y lingüísticas propias. Si esto es verdad parece oportuno preguntarse: ¿en qué medida el lenguaje contribuye a la consolidación de los "ismos"?

Concretándonos a los "ismos", o direcciones políticas, hay que subrayar que toda doctrina política es una interpretación particular de cómo se organiza y ejerce el poder en una comunidad política, pero la doctrina política se expresa mediante unas formas lingüísticas características, las cuales se aprehenden inmediatamente, se repiten y trivializan lo suficiente para que sean captadas por la masa. La actitud de ésta ante una doctrina política, ante un "ismo", pocas veces está determinada por su contenido auténtico, por el alcance concreto de sus fórmulas, por la interpretación peculiar que la doctrina hace acerca del modo de organizar y ejercer el

poder político; la masa capta principalmente la exteriorización de los movimientos políticos, los símbolos, las representaciones plásticas, el lenguaje político. Para la masa un movimiento político es, en gran parte, el conjunto de expresiones, que le individualizan. Ciertamente, la masa sigue a los conductores o personalidades políticas destacadas de los movimientos políticos, pero las reconoce como tales personalidades en la medida que sus palabras le recuerdan el conjunto de símbolos y representaciones características del "ismo" político. Las gentes quieren oír las mismas cosas, desean reconocerse en la comunidad que surge de la participación emocional en las mismas expresiones, palabras, conceptos y definiciones. De esta manera los "ismos" políticos se consolidan mediante la repetición y vulgarización de un lenguaje político peculiar. El lenguaje político opera un cortocircuito emocional sobre la masa en la medida que ésta acepta o rechaza sus fórmulas sin detenerse en el análisis de los contenidos por aquél referidos. En este sentido, cabe hablar de una consolidación de los "ismos" políticos por el lenguaje que le es propio, en la medida que con el tiempo los "ismos" tienden a alejarse formalmente de las bases sociales, de que provienen, mediante la generalización de sus expresiones, y además, porque las masas perciben solamente aquéllas.

Una vez consolidados los "ismos" políticos tienden a perpetuarse viviendo antes a expensas de su propio lenguaje político, que de los contenidos económico-sociales que les fundamentan. Esto determina su crisis, porque la constante repetición de los "slogan", de los tópicos y de las palabras significativas, terminan por ocasionar el tedio y el cansancio, al mismo tiempo que las correspondientes bases sociales no evolucionan o se transforman debidamente, de manera que cuando un lenguaje político aburre y no suscita adhesiones, es señal segura de que sus contenidos políticos se han anquilosado. Entonces tales movimientos producen la sensación de que son resultado de la adición de palabras y palabras, del desarrollo de fórmulas conocidas de la interpretación de la realidad política desde el tópico, formas conocidas de degeneración. Por lo tanto, todo lenguaje político consolida a los "ismos" correspondientes, aunque también produce, con el tiempo, su crisis y agostamiento. Claro está que ésto último depende estrechamente del grado retórico que posea cada "ismo". Los hay con gran capacidad retórica y escaso contenido social. Su acción es intensa en los primeros momentos, deslumbrante, pero en seguida periclitán, porque carecen de base sustentadora. Existen movimientos cuyo lenguaje político cubre una estructura social perfectamente definida, que dura y se mantiene con vigorosa resistencia. Los primeros quieren hacer obra revolucionaria con las palabras solamente, con retórica; los últimos actúan más permanente y profundamente.

El marxismo corresponde a los últimos, porque su lenguaje político característico tiende a establecer revolucionariamente una nueva estructura social; el marxismo, mediante su identificación entre teoría y práctica, no tiende, como decía Marx, a interpretar el mundo, sino a cambiarlo. Sin embargo, hay una retórica marxista, existe un lenguaje político marxista,

que se ha vulgarizado enormemente en los últimos tiempos. Sin menoscabo de las condiciones económico-sociales que propugna, el lenguaje marxista ha consolidado un tipo de pensamiento, a base de aplicar la dialéctica hegeliana al análisis de los hechos sociales, interpretados según las secuencias materialistas —concretamente económicas—. Esto ejerció una sugestión indudable, en la medida, que en adelante se tenderá a abandonar o a relegar a planos secundarios, las interpretaciones idealistas y espirituales, tanto en la ciencia política como en las doctrinas políticas. Así surgió, fecundada por el marxismo, la Sociología del conocimiento (Max Scheler, Mannheim), el análisis funcional, la intensificación por los movimientos políticos de los programas sociales, obreristas, sindicalistas, etc.

Palabras como “conciencia de clase”, “revolución económica”, “reparto y distribución de las riquezas”, “proletariado”, “democracia industrial”, “lucha de clases”, “explotación burguesa”, “democracia popular”, “países progresistas”, “liberación de los pueblos”, “frente popular”, “unión de trabajadores e intelectuales”, etc., son típicamente marxistas o proceden indirectamente del marxismo.

El lenguaje marxista es esencialmente revolucionario, innovador. ¿Qué significa esto? Quiere decir que las estructuras sociales que tales palabras invocan no coinciden con las tradicionalmente admitidas en la convivencia política occidental. No significa que sea imposible innovar las estructuras occidentales desde otros movimientos políticos (socialismo democrático, democracia cristiana, por ejemplo), ya que de hecho se han verificado profundas transformaciones siguiendo a otros movimientos no marxistas, pero la revolución predicada por el lenguaje marxista es radical, en la medida que rompe violentamente con el desarrollo del pensamiento político occidental.

El lenguaje político marxista está lleno de sustancia cuando se maneja por el comunismo en la U. R. S. S. y en las democracias populares. Cada palabra, cada fórmula expresa un contenido político revolucionario, innovador. El lenguaje marxista puede ser pura retórica cuando los movimientos de extrema derecha (el fascismo, por ejemplo) raptan sus símbolos y expresiones para consolidar un “ismo”. Esto significa que el comunismo no es retórica, no es un “ismo” que se consolida sólo en sus fórmulas, palabras y expresiones plásticas, como ocurre con otros movimientos, sino que es un movimiento monolítico, cuyas palabras aluden a concretas realidades innovadoras y cuya rotunda estructura económico-social requiere concretas expresiones lingüísticas. El lenguaje político comunista expresa una estructura social revolucionaria que se consolida antes en los hechos que en las palabras, y éstas sólo anticipan o traducen inmediatamente, según los casos, tales hechos.

En tanto que el lenguaje comunista es esencialmente innovador existe un lenguaje típicamente conservador, pese a las concesiones retóricas revolucionarias. Esto ocurre generalmente en el lenguaje político-autoritario (propio de las dictaduras y Estados autoritarios). En las actuales dictaduras y Estados autoritarios se suelen emplear palabras que a primera vista

poseen sentido innovador, por ejemplo: "revolución", "justicia social", "bien común", "seguridad social", al lado de otras claramente conservadoras "orden y libertad", "democracia orgánica", "representación de intereses", "familia, municipio y nación", etc. Se pretende atraerse, por un lado, a las masas obreras sin alarmar excesivamente; por otro, a la burguesía. En tanto que el lenguaje político marxista atrae, indudablemente, a la clase obrera y a ciertos estratos de la clase media y de la *intelligentsia* anhelantes del cambio social que puede beneficiarlas, el lenguaje político autoritario suscita la adhesión de todos aquellos que defienden el *status quo*, en la medida que el inmovilismo social mantiene las ventajas de las posiciones conquistadas con esfuerzo y trabajo en el mundo mercantil y perpetúa las transmitidas de padres a hijos (grandes propiedades agrícolas e industriales).

Surge ahora la cuestión si el lenguaje de la Iglesia debe o no adoptar para las tareas de apostolado los vocablos que están cargados de un significado determinado, según el movimiento político que los emplea o, por el contrario, ha de usar un lenguaje propio, separado, perfectamente distinguible.

Ante todo hay que precisar que la Iglesia Católica manifiesta su mensaje eterno con palabras transmitidas que expresan contenidos dogmáticos y verdades en las cuales hay que creer para salvarse, de suerte que tales vocablos son así y no pueden serlo de otra manera, los contenidos mentados hallan versión unívoca en los diversos idiomas en la medida que las expresiones gráficas y los sonidos correspondientes manifiestan idénticos contenidos dogmáticos. Sin embargo, este lenguaje no es conservador ni autoritario, sino sencillamente dogmático, en sentido teológico, de manera que a nadie se le exige creer en los objetos a que se refieren, su verdad no depende de la adhesión individual o general, sino que descansa en la misma Verdad divina. La inmovilidad que posee no depende de nadie más que de Dios e incluso las palabras elegidas expresan, con la deficiencia humana, tales contenidos. Estas palabras no cubren situaciones adquiridas, ni revoluciones en el sentido sociológico de estas palabras. Puede hablarse de la "revolución" que operó el Cristianismo en el mundo antiguo, pero la revolución realizada depende mucho menos de los cambios estructurales que de la profunda transformación espiritual y religiosa que su aparición y desarrollo entrañó. Para explicar tales cambios el lenguaje político falla; es menester el teológico.

Actualmente hay quienes acusan a la Iglesia católica de abrazar posturas conservadoras, e incluso se le acusa, más intencionadamente, de simpatizar con las dictaduras. Esto, sin embargo, no es rigurosamente exacto. Puede que algunos sacerdotes e incluso algunos miembros de la jerarquía hayan sido imprudentes en sus manifestaciones o actitudes en algunos países o situaciones concretas. Son defectos humanos que no deben revertir sobre la verdad de la religión católica. En este sentido, las manifestaciones de S. S. Pío XII han sido suficientemente tajantes para condenar toda

clase de totalitarismos e incluso el mismo Pontífice ha expresado su ferviente deseo de que sean debidamente garantizados los derechos y libertades fundamentales, así como ha recomendado la participación efectiva de los ciudadanos en las tareas políticas y subrayado la función de la opinión pública en el gobierno de las comunidades políticas.

Si el catolicismo es superior a cualquier formulación política, en la medida que no es misión suya propugnar una determinada forma política, sino tan sólo opinar y juzgar sobre los contenidos morales y religiosos que en cada caso pueden ir implicados, parece, con razón, imprudente que las autoridades eclesiásticas y los fieles católicos usen palabras adscritas corrientemente a movimientos políticos determinados. Un sacerdote católico, un católico, podrá hablar, como católico, por ejemplo, de los intrínsecos valores de la libertad, o de la democracia, pero deberá tener mucho cuidado en precisar los términos y adoptarlos en cuantos principios iusnaturalistas necesarios para el buen gobierno de una comunidad. Así, libertad, no será un término adoptado por el liberalismo, sino será el vocablo que designa la dimensión espiritual del alma humana, será el libre albedrío; como democracia será el gobierno del pueblo, la participación activa de éste en las tareas públicas y de ninguna manera la democracia liberal o marxista, o la llamada democracia orgánica. Claro está, que tales distinciones no son captadas, en la mayoría de los casos, y, por esta razón, lo más prudente es no emplear palabras que han adquirido un significado consolidado en los movimientos políticos.

Ahora bien, es sabido que ciertos estratos sociales necesitan que se les hable y escriba en un léxico especial, única manera de captarles e interesarles en los problemas religiosos. Imaginemos la situación de un propagandista católico en un medio obrero trabajado intensamente por el comunismo. En estos casos parece lícito emplear vocablos familiares a estas gentes, aunque naturalmente con algunas condiciones: a) que el uso de tales palabras conduzca, en el fondo, a la percepción más cómoda por tales individuos y grupos de los contenidos teológicos y religiosos y no lleve *per se* al acrecentamiento del odio de clases; b) que el uso de tales vocablos no tienda a sustituir la vigencia plena de las palabras teológicamente establecidas convirtiendo al catolicismo en un movimiento político de reivindicación de clases.

Estas condiciones, conviene subrayarlo, no son fácil de cumplir por cualquier orador o escritor. Además no parece que sea útil establecer un léxico católico, aplicado a los problemas sociales, que emplee las mismas palabras marxistas dándoles otro sentido. Esto obligaría a un continuo esfuerzo analítico que no se puede indefinidamente mantener y a la larga lleva a errores o a graves concesiones, aparte de que produce la natural sensación de falta de originalidad y autenticidad en las propias convicciones.

Si el catolicismo posee un repertorio de palabras vinculadas a significados permanentes que han de ser adoptadas porque se mueven en planos teológicos (las palabras del Credo, por ejemplo), el marxismo ha aportado

algunas palabras que habiendo sido recibidas por los medios científicos desbordan el ámbito marxista. Palabras como "conciencia de clase", "plus valía", "renta del trabajo", "lucha de clases", "superestructura", han pasado al lenguaje político y económico moderno una vez que se han precisado sus estrictos contornos. No me parece que exista riesgo alguno en utilizarlas porque los católicos no pueden enmendar el juicio sólidamente establecido por la ciencia respecto al uso de determinadas palabras y significados. Es menester, por último, insistir en un peligro grave que acecha a quienes utilizan numerosos vocablos marxistas con propósitos de apostolado. La concatenación de tales palabras conduce, inevitablemente, a uno de estos resultados: a la aproximación de los contenidos religiosos a los marxistas, en la medida que la carga significativa de los vocablos arrastra a los contenidos originariamente mentados, o a una extraña traducción terminológica de las verdades religiosas que desorienta a los católicos y no convence a los no católicos.

Cuestión distinta es la conveniencia de que los propagandistas católicos conozcan la terminología marxista, aunque no la empleen en la forma perniciosa últimamente indicada. Su conocimiento ayuda a comprender mejor la psicología y actitudes de las masas obreras, naturalmente propensas a este tipo de léxico; también coopera a desarrollar hábitos mentales de discusión y dialéctica, imprescindibles para los menesteres del apostolado. Quienes se dirijan a masas obreras deberán cuidar los adjetivos y evitar ciertas palabras "malsonantes" a oídos proletarios. Así como hay palabras que les seducen y agradan: "igualdad", "elevar su nivel de vida", hay otras que les molestan o suscitan sospechas: "bien común", "orden y jerarquía", "sacrificio", "conciencia de su tarea", etc. También el lenguaje conservador y autoritario debe cuidadosamente desecharse.

Otro riesgo que ha de sortearse es la tendencia que el esteticismo puede ejercer sobre el lenguaje católico. La belleza particular de lo religioso no dimana de la belleza de las palabras empleadas en el léxico eclesiástico. Sería lamentable que las gentes fuesen atraídas por el valor estético de las palabras y símbolos utilizados antes que por el contenido auténtico a que aluden. Hay muchos que viven la religión más desde las representaciones plásticas y rituales, repitiendo fórmulas y palabras sin detenerse en el profundo contenido que velan. Para éstos, la religión católica se convierte en un "ismo" consolidado exclusivamente en su lenguaje, representaciones plásticas y ritos, y no en los principios dogmáticos, éticos y litúrgicos, de manera que su actitud se manifiesta en rutina y repetición sentimental, en lugar de en sentida unión con Cristo y con el prójimo mediante el cumplimiento de los mandatos divinos. Esto no significa que sea menester privar al lenguaje eclesiástico de los auténticos valores estéticos convirtiendo el lenguaje en léxico tosco y frío, incapaz de levantar el espíritu. Se critica únicamente algunas formulaciones y representaciones carentes de vigor auténticamente religioso. En la conciencia de todos está el pernicioso efecto que producen ciertas frases, algunas representaciones plásticas (imágenes, estampas, incluso devocionarios).

que fomentan las beaterías y en modo alguno atraen por su valor religioso. En este campo cabe un perfeccionamiento. Las medidas adoptadas por varios obispos han sido acertadísimas y sería deseable que se extendieran a otras regiones de España.

3) EL LENGUAJE DE LA IGLESIA Y LA CONCRETA SITUACION RELIGIOSA. Ya hemos indicado que el lenguaje de la Iglesia cuenta con una serie de palabras tan íntimamente unidas con los contenidos mentados que gozan de inmutabilidad en el tiempo y en el espacio, de manera que parece difícil suprimirlas o cambiarlas. Términos como "Transustanciación", "Cuerpo místico", "Comunión de los Santos", etc., no pueden fácilmente cambiarse. Sin embargo, la mayoría de los términos que se refieren a concretas situaciones históricas empleadas por el lenguaje eclesiástico, pueden y hasta deben ser cambiadas si las circunstancias lo requieren. Si la Iglesia adoptó, como vehículo lingüístico, el latín, lengua del Imperio Romano, no se comprende qué razones existen para que no se acepten palabras elaboradas por los modernos desarrollos en las ciencias y en el campo económico e industrial.

El lenguaje eclesiástico debe tener muy presente las circunstancias de tiempo y lugar, es decir, las concretas situaciones en las cuales se aplique. Evidentemente el lenguaje, en lo que atañe al léxico, susceptible de mutaciones e innovaciones, es diferente en países de absoluto predominio católico, del utilizado en naciones interconfesionales irreligiosas y antirreligiosas. Cada uno de estos países requiere un lenguaje distinto, de manera que la situación concreta repercute sobre el léxico utilizado. Ahora bien, en tanto que en los países de interconfesionalidad, irreligiosos y antirreligiosos, el lenguaje eclesiástico parece que tiende a perfeccionarse, sobre todo en las cuestiones sociales, en las naciones de predominio católico hay una evidente propensión al inmovilismo lingüístico, con lo cual la separación entre el desarrollo social e industrial y el lenguaje eclesiástico, se acentúa.

Hemos hablado sobre las condiciones para que se use un lenguaje eclesiástico apropiado en los medios proletarios. Ahora es menester decir algo sobre el lenguaje eclesiástico y los intelectuales.

La cuestión es sumamente espinosa, porque aquí no se trata de evitar palabras que puedan ocasionar susceptibilidades y adoptar otras que agraden, como ocurre entre los obreros. Esto puede llevar a disputas inútiles, que al fin perjudican la vigencia y aceptación de los postulados fundamentales. El lenguaje eclesiástico transitorio puede ser objeto de análisis sociológico, pero con ello no se capta la entraña de los principios teológicos, sino el sentido peculiar de los instrumentos humanos al servicio mediato de los valores religiosos. No cabe un análisis sociológico de las palabras vinculadas íntimamente a los misterios y dogmas de la religión católica. Estos no son fenómenos de grupo, ni resultado de la convivencia humana; su estudio corresponde a la Teología, no a la Sociología. Con los intelectuales se puede discutir el valor y acierto de los términos mudables o transitorios; cabe admitir innovaciones y perfeccionamientos. Ahora bien,

conviene comprobar hasta qué punto son beneficiosas estas disputas. ¿No hemos quedado en que la limitación a los instrumentos formuladores (símbolos, palabras, representaciones plásticas) conduce a la conversión de la religión en un "ismo" cuya legalidad descansa solamente en la conexión y funcionamiento de aquellos instrumentos expresivos? El catolicismo no es un "ismo", en el sentido de un movimiento que se consolida en sus representaciones políticas. Es la única religión revelada y verdadera, de manera que las discusiones sobre su terminología subsidiaria deben valorarse según la eficacia que desplieguen para promover, entre los intelectuales, el acrecentamiento de las vivencias religiosas o la conversión. Cuando tales discusiones, cuándo las innovaciones y perfeccionamientos, originan la intensificación de la fe y la mejora de las conductas, no se puede señalar abstractamente, puesto que depende de otras variables. Sobre estas cuestiones sería muy interesante considerar las experiencias de sacerdotes que ejercen apostolado entre intelectuales, de los misioneros que han convertido a intelectuales materialistas, ateos o de otras confesiones.

Hay palabras que deben proscribirse del lenguaje eclesiástico. Estas son las que poseen significado político inequívoco. Aunque la tentación a adoptarlas sea muy fuerte, aunque el movimiento político a que corresponden haya declarado que acata la fe religiosa, etc., siempre deberán rechazarse estas palabras. La alianza entre el "trono y el altar", "la república católica", "la monarquía religiosa", etc., etc. y tantas otras combinaciones perjudican a la religión, porque corroboran los prejuicios de los incrédulos y de los tibios contra la Iglesia, y además, ciega las fuentes del civismo y de la educación política, puesto que identifica la religión con el inmovilismo. Quienes son católicos no necesitan calificarse de monárquicos o republicanos para reforzar su fe. La filiación católica no se corrobora con adjetivos políticos.

Constituye abuso intolerable la apropiación de términos religiosos por los movimientos políticos. Este fenómeno, hace tiempo denunciado, es característico de las direcciones totalitarias. Así, los totalitarismos fascista y nacionalsocialista, emplearon frecuentemente términos como "revelación", "sacramento", "salvación", "mística", "redención", etc. y hasta realizaron comparaciones irreverentes o blasfemas. Estos movimientos quisieron reavivar la adhesión de sus miembros y seguidores con recursos pseudoreligiosos, tendiendo a suplantar las funciones religiosas por las exigencias políticas que les impulsaban.

Por último sería deseable que el lenguaje de la Iglesia empleado en los distintos países tuviese la mayor uniformidad; me refiero, naturalmente, al léxico mudable, sin perjuicio de las diversas peculiaridades nacionales y sociales que le condicionan. Esto no es sólo una exigencia "católica", sino que además está determinada por las recientes tendencias de integración regional entre los pueblos. Probablemente la elaboración de un diccionario terminológico que contuviese los vocablos usados por el lenguaje católico, contribuiría a la uniformidad del lenguaje eclesiástico.

PABLO LUCAS VERDU